

El regreso de Nára

El mar y los vientos le habían sido favorables. Nára había seguido a la perfección todos los consejos e instrucciones que sus amigos durante tanto tiempo en la isla le habían dado. El agua y la comida que llevaba le habían llegado justo hasta cuando divisó la costa y un puerto.

Nára escondió esa la noche todas las perlas, piedras preciosas y resto de monedas de oro y plata en un agujero a la entrada del puerto por si era robada.

A pesar de ser un puerto muy pequeño, pudo cambiar muy fácilmente su bote con tanto cariño preparado, por dos camellos, uno para ella y otro para llevar todo lo necesario para un viaje tan largo y peligroso por el desierto profundo si deseaba esquivar las rutas de los traficantes de esclavos y otros maleantes que lo recorrían. Tuvo que añadir algo al pago, lo cual hizo discutiendo y regateando mucho, llorando y explicando que la dejarían sin nada para su tan largo viaje. Les dió varias de las monedas que tenía, contándolas y recontándolas tantas veces y diciendo que no llegaba a lo pedido, que viendo sus dificultades, con una sonrisa el camellero aceptó el trato, quejándose luego muy duramente eso sí, de que ella le había engañado

ya que pensándo que úna mujér no sabría náda de caméllos, aceptó su condición de ser élla la que los seleccionára. Al finál había escogído y se llevó los dos mejóres animáles de su manáda.

Pagó el equipamiénto, comída, água y cobíjo con dos bróches de pláta y nácar, que el anticuáριο sin poder ocultár su sorprésa y pagándole sólo la mitad de lo que en realidad valían le dió. A pesar de ésto, fué suficiénte pára tódo y le sobraron múchas monédas de cámbio.

Tal fué su amáble comportamiénto, que el anticuáριο, un póco arrepentído por el beneficióso negócio que había hécho con élla, la invitó a cenár y pasár la nóche con su família.

Por la mañána al despedírse añadiéron a sus alforjas, deliciósos dólces que le habían preparádo.

* * *

Prónto se dió cuénta Nára de que iguál que en el mar, el desiérto profúndo no tiéne ni múcha comída ni múcha água y que había escogído la peór rúta, si bién la más segurá.

Puédo, si así lo deséan, hacér aquí un esfuérzo de imaginación y explicár las aventuras y dificultádes de ése viáje. Péro me será suficiénte

con anotár, la muérte de un camélllo, la picadúra de un alacrán, sus fiébres y pesadillas y lo peór: el enterárse de que estába embarazáda y que ahóra si moría lo perdería. Tenía que continuár, tenía que salvárllo.

Y como le pasó múchos años atrás cuando la caravána Reál fué atacáda y sus compañéros fuéron muértos o esclavizádos, a lo léjos vió úna luz en el desiérto.

* * *

Se despertó. Úna níña le estába mirándo y vió un hómbrre recogiendo léña pára añadir al fuégo que ardía delante de élla y la calentába. La pequéña avisó a sus pádres que se acercáron.

Al instánte Nára se levantó y no púdo evitar mirár a su alrededor buscándo su pertenéncias.

La mujér le acercó lo que supúso que élla buscába, su bólsa del tesóro. Náda faltába. Le dió tánta vergüénza, que cerró la bólsa y la dejó apartáda.

—Me llámo Rashída, ésta es mi híja Mára y mi espóso Omár. Has estado durmiéndo tres días. Te hémos curádo de várias herídas, has estado con múcha fiébre y delirándo, y si la décima páрте

de lo que has contádo en tus sueños es ciérto, núnca más me quejaré en mi vída de náda. Péro quisiéramos que nos lo explicáses tódo, péro por favór ordenádo.

—Podría ser úna história muy lárga.

—Aquí, hásta que llégan las caravánas, por la nóche tenemos cási tódo el tíempo del mún-do, las nóches son béllas y cálmas y a nosótro nos encántan las histórias interesántes, lárgas y bién contádas.

—Me llámo Nára y soy úna princésa árabe y...

.

. los traficántes de esclávos me vendiéron...

.

... y me he despertádo aquí a vuéstro ládo.

—Quisiéramos ayudárte péro tódo lo que quiéres hacér es cási imposíble y no está en nuéstras mános. Péro déntro de póco vendrá el mejór de los camelléros, un verdadéro amígo, el más honrádo, sus amistádes y contáctos se extiénden por tódo el réino, y tu história lo va a

enamorár. Sé que él te podrá ayudár. Ahóra tiénes que descansár. Y aquí en éste oásis que adorámos te vas a recuperár.

Nára disfrutó de un Oásis, de ésa ísla en el desiérto que le devolvió las ánsias de vivír.

Y el camelléro llegó, la escuchó y de sus ojos brotáron lágrimas. En tóda su vída, de gran contadór de histórias núnca había escuchádo úna história real tan dúra y tan bién narráda

—Nára, en ésta tu última nóche aquí, y ahóra que Omár no nos escúcha (le da vergüenza cuando lo explíco), quiéro yo también contárte nuéstra história, la de un oásis del que como tú, con tu ísla, también éstamos enamorádos y es úna narración de la cual estóy muy orgullosa. Es pára nosótro una ísla en el desiérto lo mismo que lo túyo es un oásis en el mar.

Érase úna vez un hómbré llamádo Omár que vivía con su espósa Rashída y su hijíta Mára en el pequeño Oásis de Izmír...

Y ésa nóche Nára durmió abrazáda a la pequeña y ántes de írse le obsequió la más bélla de sus pérlas négras.

* * *

Y el camelléro partió con Nára, le buscó en Bagdád al mejor de los médicos, y mientras él y su esposa la cuidaban y curaban, ella los iba enamorando. Por cada cura dolorosa que padecía, les hablaba de las delicias de buscar perlas y extraer topacios en su isla. Por cada baño de barro hirviendo, les contaba el encanto de educar a sus niños. Cada sangría la dulcificaba con los relatos maravillosos que le habían contado los isleños, de cuando no eran leprosos. Y les relató llorando los mejores momentos de su vida, en compañía de Haméd y sus largos paseos por la playa antes de su muerte.

Nára se curó, pero pagó el alto precio de perder a su hijo.

El médico Daud y su esposa Azhar al poco tiempo le dijeron que emprendían el viaje que toda su vida habían con amor planeado, ir a Europa, para aprender de su medicina y los modernos sistemas de educación. Que no iban a la isla no porque allí vivía la lepra ya que se rumoreaba que no era muy contagiosa y ellos ya habían tratado a leprosos, es que toda su vida habían deseado hacer ese viaje. Tal vez cuando volvieran estarían más preparados para ayudar a los leprosos y educar a los niños.

Nára, como última árma pára retenérlos les mostró tódas sus pertenéncias. Tódas sus pérlas, piédras, dinero, alhájas y jóyas... y les dijo que con tódo éso más lo que los leprósos pudiésen luégo aportár y sin tenér que pasár por el enórme cósto de los traficantes, sería suficiénte pára mejorár su vída, llevárles animáles, plántas, medicínas, alimentárlos mejór, mejóras sanitárias, y si bién cási núnca podrían curárlos, sí rebajár sus sufrimiéntos y hacérlos que se sintiésen más humanos, sentirse ménos sólos y aisládos.

Y que por su páрте y como médico y profesóra, podrían usár, aprendér, probár y practicár tóda la ciéncia que existía, pára ayudár a únos séres humanos tan desamparádos.

Péro a pesar de éllo [partieron](#).

* * *

Atravesó úna vez más el desiérto hásta el Sultanáto de su pádre, se acercó a palácio, pero no túvo el valór de entrár. Habló con los pádres de Haméd, los jardinéros. Les contó que éste había muérto, que habían tenído un híjo, pero que lo había perdído. Les entregó su alfiler de óro pára que se lo diésen a su pádre en pruéba de que vivía y que le quería más que su vída.

Y volvió a repetir el viaje que hacía tantos años había hecho en nombre de su padre, hasta los confines de su Sultanato. Y volvió a vivir con esos dos «padres» que la habían adoptado y querido tanto.

* * *

Y pasaron los años